

**SNELLER, Rico, *Perspectives on Synchronicity, Inspiration and the Soul*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 2019, 389 pages**

**GERMÁN ULISES BULA CARABALLO**

Doctor en Educación  
Mg. en Filosofía  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Universidad de la Salle  
Bogotá/Colombia  
gbulalo@unisalle.edu.co  
ORCID: 0000-0002-1296-0610

Recibida: 5/05/2021  
Aceptada: 6/09/2021

La lectura de libros especializados es, casi siempre, un ejercicio que implica un cierto grado de redundancia. Para el filósofo de profesión, la lectura de un libro académico suele implicar el repaso de una buena cantidad de ideas ya conocidas (a las que se añaden unas cuantas, que constituyen el aporte específico del libro en cuestión). En este aspecto, el libro de Rico Sneller es una sorprendente excepción: aborda temas bien poco comunes, haciendo uso de un arsenal de referentes académicos inusuales aunque de muy buen calibre: desde la artista brasilera Lygia Clark hasta la biología vitalista de Hans Driesch y la *Lebensphilosophie* de Ludwig Klages, pasando por los sesudos estudios de Max Picard sobre la fisiognomía.

El carácter inusual del libro se debe a su temática, y a la manera intrépida de abordarla: Sneller aborda el fenómeno del alma en cuanto fenómeno espiritual (que no psicológico, biológico, antropológico o cultural). De este modo, Sneller rechaza de plano los prejuicios cientificistas de nuestro tiempo; prejuicios que, en nombre del empirismo, rechazan partes cruciales de la experiencia humana, tales como la inspiración divina, la sincronicidad, o lo que pueden enseñar las experiencias de estar cercano a la muerte. Sneller (2020, 5-6) articula su epistemología alternativa a partir de la distinción que hace Hermann Friedmann entre la orientación háptica, táctil, y la orientación óptica hacia el mundo. El cientificismo es háptico: toma por existente e importante sólo lo que es tangible, manipulable, dominable: lo que puede aprehender entre dedos y pulgar. Sneller lo caracteriza con la figura de Polifemo: pobre de vista, palpando a sus prisioneros en la oscuridad.

Esta orientación contrasta con una orientación óptica, dispuesta a contemplar: capaz de manejar una cantidad mayor de incertidumbre, de dejarse afectar por los fenómenos tal como se presentan, de incluir en su ontología todo lo que dura en el tiempo, no sólo lo que ocupa el cartesiano ancho, alto y largo (Sneller, 2020, 36).

Desde esta perspectiva, el alma aparece como un fenómeno de bordes indefinidos: los límites entre lo consciente y lo inconsciente, lo externo y lo interno, lo propio de mi alma personal y del alma del mundo, se hacen difusos; y lo que es más, navegables. No se trata aquí, exclusivamente, de fenómenos místicos: más bien, Sneller trata de recuperar el carácter misterioso de la existencia cotidiana (Sneller, 2020, 42). Nuestra alma es siempre un misterio para nosotros mismos, pero no por ello es objeto de conocimiento, en el sentido usual del término. La exploración del alma excluye la intencionalidad (Sneller, 2020, 130). A medida que se gana lucidez en el alma, se pierde el yo, de modo que esta lucidez, este conocimiento, no se comprende a través de ninguna epistemología que trate de sujetos que tienen conocimiento de objetos; ni tampoco una especie de observación de segundo orden, que hace de las observaciones de primer orden un objeto de consideración. Más bien, la lucidez respecto a la propia alma es una forma de existir.

En contra de la antropología que considera al ser humano como un agente racional autointeresado, dotado de una computadora de carne (digamos, la visión Hobbesiana del ser humano, o la que resulta de un evolucionismo darwiniano unilateral); Sneller considera que somos movidos por una tensión entre la autoprotección y el autoabandono del alma, un jugar con los límites difusos de la misma, un deseo incómodo de exteriorizar lo más íntimo, que siempre está permeado por la vergüenza (Sneller, 2020, 91-93). Discutiendo la obra de Lygia Clark, Sneller muestra de manera magistral cómo la tensión entre exhibicionismo y vergüenza permea la actividad artística. La inspiración artística es, bajo esta perspectiva, equivalente a la lucidez respecto a nuestra propia alma (Sneller, 2020, 278).

Es sólo desde el dualismo háptico y cientificista que este tipo de exploraciones se entienden como alejadas del mundo material. Por el contrario, el vernos como almas cuyos bordes con el exterior son difusos arroja una luz nueva e intrigante sobre algunos fenómenos materiales: tales como el aún misterioso proceso por el que la vida reproduce sus formas (que explora Hans Driesch), o aquello poderoso que puede decirnos la contemplación atenta a un rostro (que explora Picard). En este punto creo necesario el uso del vocativo: no pienses, oh lector, en lo que sabes, sino en lo que vives, en lo que has podido ver en el rostro de alguien que amas, o en hermandad que a veces descubres en el rostro de alguien que recién conoces. El rostro contemplado (no mirado para el uso y la clasificación, hápticamente; Sneller, 2020, 239), es, por así decirlo, un rayo del sol infinito, una concreción específica y particular del alma universal, un marcador de la eternidad (*Platzhalter der Ewigkeit*, (cfr. Sneller, 2020, 244).

Leer a Sneller es entrenarse en una manera de pensar inusual para nuestro tiempo, en particular para un académico (pues en la academia se suele confundir el rigor con el enfoque háptico). En lugar de centrarse en el espacio y sus entes cartesianos, Sneller se centra en el tiempo y sus sincronicidades, en las alegres y misteriosas confluencias de eventos que producen el sentido en la geometría del tiempo (Sneller, 2020, 213-254); en aquellos eventos externos que parecen responder a lo que ocurre en nuestra alma, que interesaran a C.G Jung. Sneller cita el caso de un terapeuta en un edificio de Manhattan quien tiene que interrumpir su sesión con un paciente, quien le relata su miedo a las serpientes, porque una serpiente ha entrado a la oficina (Sneller, 2020, 250). Quizás es el aspecto abisal de estos fenómenos lo que nos tienta a considerarlos meras coincidencias (como si las serpientes fueran muy comunes en Manhattan): en general, el deseo de facilidad, de certidumbre nos ancla en lo háptico. Abandonar la mirada de Polifemo es lanzarse al mar, que (al contrario de la orilla) es tridimensional y ofrece más posibilidades de perderse. Es peligroso, ajeno e impredecible; pero guarda insospechadas riquezas.